

# Misión y desafíos de la universidad

LYDIA JIMÉNEZ

*Fundación Universitaria Española*

**RESUMEN:** La misión de la universidad es la búsqueda de la verdad en todos los campos del saber, y de la verdad última, que radica en el terreno del espíritu. Esta verdad es el principio organizador de todos los saberes, sin el cual, se desintegra cada uno, la universidad y la sociedad. En cuanto a los desafíos de la universidad, son muchos, y de distinta índole. A juicio de la autora, el más importante es el que atenta contra su misión e identidad, que es buscar la verdad y difundirla. Por ello, es necesaria y muy importante una fundamentación filosófica de las ciencias particulares para darles sentido, si es que han de comprenderse correctamente y poder insertar su función en el todo de la cultura, que es la misión de la universidad. Propone que en todas las carreras debería estar presente, una formación humanística y ética. Esta tarea es, para cada ciencia, tan imprescindible como los cimientos de la casa.

**PALABRAS CLAVE:** universidad, misión, desafíos, identidad, verdad

**ABSTRACT:** The mission of the university is the search for truth in all the fields of knowledge, and of the ultimate Truth, which is found in the realm of the spirit. This Truth is the principal organiser of all knowledge, without which both society and the university loses its shape. The challenges of the university are many and varied. According to the author, the most important of these challenges is that which attacks its mission and identity of searching for the truth and communicating this. Therefore, it is important that each of the spheres of knowledge has a philosophical foundation, which give them meaning if they are to be understood correctly and if they are to exert an influence on the whole of culture, which is the mission of the university. The paper suggests that there should be some formation in Humanities and Ethics in every degree programme. This is as important a task in each area of knowledge as the foundations are for a house.

KEYWORDS: University, mission, challenges, identity, truth

## 1. INTRODUCCIÓN

El título de esta conferencia, la última de este ciclo, es casi idéntico al de la primera y al de todo el ciclo. Por algo será. Importa reconsiderar al final lo que se dijo, acertadamente, al principio, porque en ambos casos se trata de lo esencial, el fundamento que es también, el fin de la universidad, lo que le dio origen. Importa no irnos de aquí sin tener claro cuál es la misión de la universidad y sus desafíos hoy. Y para no sacudir nuestra responsabilidad en lo genérico, personalicemos: cuál es mi misión, en cuanto universitario —estamos en una Fundación Universitaria— y cómo voy a responder a los desafíos que se me presentan; cada cual según la responsabilidad que tenga, pues la del rector no es igual a la del estudiante.

Así pues: ¿para qué está la universidad? —que es lo mismo que su identidad— y ¿qué tiene que hacer para cumplir su misión cuando la sociedad no se lo pone fácil? Seguramente coincidiré en el fondo con el profesor García Ramos pero, como todos somos distintos, miraremos nuestro objeto desde otra perspectiva, y así todos nos enriquecemos.

Husserl, en una obra póstuma, *La crisis de las ciencias europeas*, que recoge dos conferencias pronunciadas en Viena en 1935, critica fuertemente la sociedad europea por haber privado de sentido a la existencia humana. En esta obra, escrita al fin de su vida, cuando ya era patente el triunfo de Hitler y la amenaza de una nueva guerra —en la primera guerra mundial había perdido a su hijo—, Husserl critica el panorama filosófico y científico de su tiempo, positivista y relativista, por considerarlo falto de horizonte (positivismo) y de racionalidad y orden [relativismo]. Husserl quiere recordar a sus contemporáneos el significado de Europa, que se ha olvidado. Ese significado es la filosofía, esa filosofía clásica que vive de la conciencia clara de que existe un *telos*, un fin, un *sentido*, el cual busca incesantemente la humanidad y le da unidad y orden, antropológico, social, político... desde la racionalidad (*logos*). Es necesario —afirma— mantener unidas ambas cosas: la racionalidad y el sentido de la

existencia. La racionalidad que ha destruido el relativismo y el sentido que desconoce y desprecia el positivismo. La tragedia de Europa ha sido separarlas, sentenciando que todo lo referente al sentido de la existencia, a lo trascendente y espiritual, no es ciencia, sino opinión, por no ser experimentable, y que solo esto es racional y científico.

Dice así Husserl al principio de esta obra: “La exclusividad con que, en la segunda mitad del siglo XIX, la visión del mundo global del hombre moderno admitió ser determinada por las ciencias positivas y con que se dejó deslumbrar por la “prosperidad” que de ahí resultaba, significó un alejarse de esos problemas que son decisivos para una humanidad auténtica. Las meras ciencias de hechos crean hombres fácticos [...], excluyen por principio los problemas más candentes del hombre [...] los problemas del sentido o no sentido de la existencia humana”.

Es creencia común hoy que racionalidad y sentido de la vida no tienen que ver. Se sigue que, como la universidad es el campo de la racionalidad, en ella no cabe el estudio del sentido: la ética, la dignidad de la persona, ni mucho menos, Dios. Y esto es tan importante, tan importante... que es la clave para entender las dos guerras mundiales. Creo que este planteamiento explica por qué tantos intelectuales pusieron su saber al servicio del nazismo.

Husserl propone como solución la fenomenología trascendental. No vamos a hablar de ello en esta conferencia, pero sí vamos a rescatar lo que nos interesa, pues ilumina la misión y los desafíos de la universidad, de la universidad de siempre y, de manera especial y urgente, de la de hoy.

La fenomenología trascendental pretende dos cosas fundamentalmente, y es lo que nos interesa: ir a la verdad, en sí misma, la verdad en todo lo real, que no se reduce a los hechos fácticos, sino que abarca las realidades espirituales, trascendentes y de sentido, las más importantes; y, en segundo lugar, aplicar la racionalidad y el rigor en esta búsqueda de la verdad, un rigor y exactitud no menor que el matemático, aplicable al ámbito del espíritu, en el que también puede haber “*ciencia estricta*”. Acerca de todo lo real – incluyendo la ética, la antropología, la metafísica, la teología– se puede llegar a la esencia y, por consiguiente, a afirmaciones universales y necesariamente verdaderas. Es más, se puede llegar a ver, con certeza, que estas ver-

dades son fundamento de las demás y clave del orden de todo el saber y saber hacer, de toda la ciencia y de toda la técnica. Por tanto, por ser ciencias de primeros principios, son principales.

Husserl y muchos de los que siguen su método, nos han demostrado que es posible conjugar racionalidad y sentido. Ha brotado de ahí una veta fecundísima en la filosofía y en otras ramas del saber, en la metodología del saber científico en general, que ha iluminado, entre otras corrientes, el personalismo, el cual, recogiendo la tradición clásica, se abre y da respuesta a las exigencias más actuales. Y en esta línea encontramos a Edith Stein, Karol Wojtyła, Guardini, Ratzinger-Benedicto XVI —muy influido por Guardini—; todo un ejército de grandes intelectuales que han acometido la defensa del espíritu con valentía en los siglos XX y XXI y han trabajado en la universidad. Hemos de añadir a Newman —un personalista anticipado— y Guardini.

Pero ya la historia, desde Grecia, nos había demostrado que esta unión racionalidad-sentido, es posible. Precisamente con este fundamento surge la Academia platónica y el Liceo aristotélico, preludios de la universidad; y, en la Edad Media, la universidad como tal. Es incuestionable el rigor con que se impartían las Artes liberales y la filosofía, al menos en la Escolástica no viciada por especulaciones banales.

La conjunción de “racionalidad y sentido” es clave para entender la misión y desafíos de la universidad, porque la misión de la universidad es la búsqueda de la verdad, en sí misma, en todos los campos del saber, y de la verdad última, que radica en el terreno del espíritu. Esta verdad es el principio organizador de todos los saberes, sin el cual, se desintegra la universidad y también la sociedad.

Sí, la sociedad, porque la universidad no es solo el “territorio del saber”, es el mismo “territorio”, decía el beato Henry Newman o el “alma de la civilización”, según Guardini; es el espacio en el que existimos y nos da los principios e ideas con las que pensamos, decidimos y amamos. La universidad hace a la sociedad. ¿Tanto es la universidad?... Sí. Allí se forman los que nos dirigen: maestros, profesores, psicólogos, médicos, juristas, políticos, periodistas, empresarios, ingenieros... ingenieros de ideas, sobre todo. En-

tonces, si la universidad se contagia de estas enfermedades del saber: relativismo, positivismo y ahora lo que llaman la “posverdad”<sup>1</sup>, que es en realidad tan antigua como los sofistas, o más, la sociedad no se sostiene.

La crítica de Husserl tras la primera guerra mundial, las advertencias de Guardini a los universitarios tras la segunda guerra mundial, como vamos a ver, se hacen actuales, clamorosas, urgentes... El Papa Francisco dice que vivimos una “tercera guerra mundial por partes”. Podríamos añadir que es una tercera guerra mundial generalizada, lenta, sorda, taimada... con las armas de la universidad, que consisten en “desarmar” las cabezas. Si la universidad no viviera su misión, que es fundamental, iluminar, alimentar, defender a toda la sociedad con la verdad, sino que incluso hace lo contrario: dar vacunas antiespirituales, alimentar con mentiras, que eso son, las verdades parciales... ¿Qué harán con los saberes *solo* técnicos y positivos los médicos y agentes de salud; los investigadores de las ciencias naturales; los abogados, jueces, políticos; los profesores y maestros; los medios de comunicación, los literatos y artistas, los empresarios, los ingenieros...? ¿al servicio de quién pondrán su saber-hacer? ¿del mercado? ¿del poder? ¿del estado? ¿de las emociones o creencias personales? ¿de la moda?

La universidad puede ser la mayor enemiga de la sociedad si no cumple su misión, pues “*corruptio optima, pésima*” [“la corrupción de lo mejor, es lo peor”]. Solo si tenemos clara la *misión* de la Universidad podremos detectar sus males, peligros y *desafíos* que tiene que afrontar. Veamos, pues:

## 2. MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

“¿*Qué busca quien viene a la universidad?*”. Con esta pregunta Romano Guardini, este gran pensador y profesor universitario en Bonn, Berlín, Tübinga y Munich, iniciaba una conferencia sobre la “Responsabilidad del

---

<sup>1</sup> El Diccionario Oxford la ha lanzado como “palabra del año” y la define como: “Relativo o referido a circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la opinión pública que las emociones y las creencias personales”.

estudiante para con la cultura” en 1954<sup>2</sup>, y respondía con cuatro objetivos que van a configurar el sentido y la misión de la universidad.

1º objetivo: “El alumno busca crecer”. “La escuela —dice—, con sus coerciones, ha pasado; la profesión, con su rigor inexorable, no es todavía. Ahí se abre una posibilidad de encontrarse con cosas, personas, ideas a partir de un impulso interior”. Hay un deseo muy propio de esta etapa de la vida, de conseguir una plenitud de posibilidades, realizarse como persona.

Ciertamente, la universidad no es solo estudiar, es todo un mundo de relaciones que abren a la vida. Y este objetivo “*es importante* —afirma—, *pues del aire que respira un ser vivo depende su crecimiento*”. Pienso en la universidad de París y en ella a san Ignacio, san Francisco Javier, san Pedro Fabro y otros compañeros. Ahí, en ese ambiente vital y no solo académico, se fraguó la Compañía de Jesús y todo lo que ella ha supuesto para la cultura.

Es realmente un ambiente hermoso y enriquecedor el universitario, pero algunos estudiantes confunden este objetivo con el disfrute vital. Entonces, afirma Guardini, es mejor que dejen la universidad para no contaminar el aire a quienes se toman la cosa más en serio.

2º objetivo: El estudiante busca prepararse para una profesión. Profesión que será la base de su vida futura. Es un fin muy digno, si entendemos la profesión con sus exigencias morales de servicio a la sociedad, y no como mero medio de ganar dinero.

En este punto, la universidad, dice Guardini, debe exigir seriedad en la responsabilidad intelectual, que distingue la ciencia del “diletantismo”, es decir, de la mera afición por saber y leer mucho, pero sin rigor ni profundidad. El estudiante debe atenerse a su campo, a fin de ser eficaz como profesional. Se debe especializar, pero teniendo un orden general, una configuración capaz de integrar nuevas materias; “un saber nunca acabado pero siem-

---

<sup>2</sup> Pronunciada en Munich, dentro de Simposio para estudiantes. Esta conferencia, junto a una homilía y otro escrito se han publicado recientemente con el título *Tres escritos sobre la universidad*, Navarra, EUNSA, 2012. En los tres escritos late la preocupación por el sentido y misión de la universidad. Las citas que siguen corresponden a este libro.

pre estructurado”, dice. “Debe contener una idea viva de lo que es un maestro, un hombre de derecho, un ingeniero [...] y a partir de qué ethos han de desempeñar su trabajo”, de modo que no sea “*un hacer sin idea*”. Fuera, por tanto, los saberes inconexos, memorizados sin comprensión, sin orden interno, que no se asimilan ni se hacen vida en el hacer profesional. La universidad debe amueblar las mentes, formar criterios, pues necesitamos profesionales sensatos y prudentes.

En esto mismo insiste el beato cardenal Newman. En una de sus *Lecciones universitarias*<sup>3</sup> que lleva el título: “Estudios elementales”, habla de la importancia de un saber ordenado y estructurado, que, yendo a lo esencial, ilumina los demás. “Saber poco y bien”, frente al “mucho y mal”, eso es lo que debe exigirse a un aspirante a la universidad. A diferencia del niño que vive en un caleidoscopio de sensaciones, sin captar la forma de las cosas, el universitario debe aplicarse a esto mismo: captar la forma de los distintos saberes; esto le da la perspectiva adecuada para interpretar el mundo. “*Esa es la manera de progresar, de alcanzar resultados; no tragar conocimientos sino masticarlos, digerirlos*”. Es lo que, sabiamente, nuestras maestras y nuestras abuelas nos decían: “las lecciones hay que bordarlas, no prenderlas con alfileres”.

3º En tercer lugar, un estudiante al llegar a la universidad busca investigar. “*Espléndida*” y “*fatídica*” llama Guardini a esta tarea, que consiste en buscar la verdad, por ella misma, sin preguntarse por la aplicabilidad de lo hallado. Espléndida y fatídica, porque no tiene fin, pues cada nuevo descubrimiento abre muchos más. Tarea apasionante también: su gran pasión es la verdad, su ley estricta es el método.

El afán de investigar parece oponerse al segundo objetivo, el de ser un profesional. Es verdad que el profesional debe defenderse del afán ilimitado del investigador y centrarse en su campo, pero, por otra parte, todo profesional presupone al investigador, y él mismo necesita investigar algo, pues si no, se estancaría. Este conflicto entre profesión e investigación pertenece a la

---

<sup>3</sup> En *La idea de la universidad II. Temas universitarios. Lecciones y ensayos ocasionales*. Madrid, Eds. Encuentro, 2014. Las citas que siguen de este autor se refieren a este libro.

esencia de la universidad y a la situación intelectual del estudiante, afirma Guardini”. Siempre hay que tener una chispa de voluntad investigadora, incluso para avanzar en la profesión.

4° En cuarto lugar, el estudiante busca en la universidad la verdad. Así de simple.

Claro que en todo el ámbito académico se debe buscar la verdad, si no, la universidad “*se pone enferma*”, afirma Guardini, pero una cosa es lo que llama “*la corrección*”, que es la verdad en el aspecto profesional o de investigación particular de cada disciplina, y otra la “*verdad*” como tal, que es “aquello último a lo que el espíritu está ordenado y que debe querer, si no renuncia a vivir como espíritu”. Este objetivo se debe buscar desde cualquier materia universitaria. Y recuerda el peligro de descuidar esta verdad que ha llevado al nacionalsocialismo, peligro no comprendido del todo, pues la universidad sigue descuidándola. Hoy podríamos decir lo mismo.

Pero, ¿qué es buscar la verdad y en qué consiste? Dice así: “Buscar la verdad no es limitarse a preguntar: “¿Qué sucede?” y “¿según qué leyes?” sino “¿qué es lo que es?”, “¿cuál es su sentido?”, ¿qué es aquella energía originaria con la que la verdad se afirma contra la nada; o sea, qué es el Ser?

¿Qué es eso que late detrás de estos seres particulares que estoy estudiando o investigando?, ¿Por qué existen, pudiendo no existir?, ¿Qué misión tienen en el conjunto de universo y qué misión tiene el mismo universo?, ¿Y qué es y cuál es la misión del hombre que lo contempla?, ¿y el bien y la belleza y el orden que resplandece con fuerza, y me atrae cuando desentraño los misterios de este ser que estudio? ¿Esta plantita o animal, este mineral, este átomo o célula, estos términos lingüísticos, esta imagen, esta ley, esta sociedad, esta fórmula matemática...?

Esta especie de misterio, este resplandor del Ser, lleno de sentido, se me presenta, no porque yo quiera; al contrario, siento que me limito a escuchar la llamada que desde ese ser se me dirige. Es el sentido de la realidad el que me atrae y ejerce sobre mí un poder espiritual que va más allá de la curiosidad, de la utilidad, que entrarían dentro de la verdad de “corrección”.

Situados en esta verdad de “corrección” y si obedecemos a la voluntad de verdad, nos vamos adentrando en lo Incondicionado, en las primeras o últimas verdades, fuente y fundamento de todas las demás. Guardini se refiere a Platón y, sin mencionarlo, nos hace recordar el Mito de la caverna en ese despegarse progresivo de las apariencias e ir ascendiendo hasta contemplar la realidad y el Sol, es decir, las ideas o esencias de las cosas, y, por encima de ellas, gobernándolo todo, el Bien, es decir, Dios. Con razón habla de “contemplar”, acción que se realiza en el “templo”, pues toda la naturaleza es templo de Dios, signo de Él, y la más grande tarea del hombre es llegar a contemplarle en ella, en este cosmos maravilloso. Esto es la sabiduría, meta a la que ha de llegar este *Cosmos del saber* que es la universidad.

Dice Guardini: “Esta es la verdad de que aquí se trata. Ella tiene grandeza. Posee poder para liberar y saciar el espíritu. Atrae a éste con aquella fuerza misteriosa que el mismo Platón llama eros. El hombre vive de lo que es más que él [...] Todo esto es la verdad que la filosofía indaga”. Entonces, al igual que el investigador va más allá del profesional y éste necesita de aquél, algo análogo sucede con quien se dirige a la verdad filosófica. El investigador debe llegar a esa verdad y la necesita para ser coherente, y por ende, también la necesita el profesional.

Pero no teman los científicos pensando que se les vaya a sustituir su campo por el filosófico. La primacía de la verdad, y de la verdad última, no niega ni minusvalora ninguna de las ciencias particulares, precisamente, les da sentido, importancia y orden, en el conjunto del saber. La primacía de la idea de Bien, así como las de Belleza y Justicia en Platón, la primacía de la filosofía entre las demás ciencias, no impide prestarles atención. La matemática, sobre todo, queda prestigiada como buena guía hacia la verdad última, y la matemática es decisiva en la ciencia moderna, como bien vio Galileo (“la naturaleza está escrita en lenguaje matemático”, expresión que tiene mucho sabor platónico). La música, la astronomía, la poesía, la gimnasia... tienen papel importante en la educación de la República platónica. Y el Liceo aristotélico, que podríamos considerar la primera universidad, era una auténtica sinfonía de saberes: experimentales, formales, metafísicos, físicos, biológi-

cos, humanísticos, jurídicos y políticos, lingüísticos, lógicos... Armonía e integración: hoy hablamos de “interdisciplinariedad”.

Interdisciplinariedad, sí, pero para que haya orden y concierto, deben todos los saberes estar bajo una dirección ¿cuál, sino del saber que se ocupe del fundamento último? Y éste es la filosofía primera o Metafísica, que es, sobre todo, la ciencia de Dios, fundamento del ser y del Orden del universo y, por ello, de la ciencia. Esto lo dice Aristóteles. Luego, para hacer posible las mismas ciencias particulares, es necesaria la filosofía, que *integra todo*.

La identidad y el fin de la universidad es, precisamente lo que significa su término etimológicamente: Tiene la misma raíz que “universal” y procede del latín: “*unus*” [unidad, totalidad]; “*versus*” (“hacia”) o el verbo “*vertere*” (“verter”). Se trata de una totalidad que es unidad y que, de su plenitud, se vierte hacia muchos, se expande. Si llegamos a captar esa verdad última, Dios, el Ser, que, es, a la vez, uno, verdadero, bueno, bello, y algo definido, ¿de qué modo quedarán prestigiadas cada una de las ciencias particulares que estudian los seres que se vierten de aquella plenitud, seres que forzosamente, por proceder de tal fuente, son unos, bellos, buenos, verdaderos y con una naturaleza definida?

Entonces, ¿es posible ser verdadero universitario sin experimentar, al estudiar e investigar debidamente, el entusiasmo y atractivo por la belleza, la verdad, la unidad y bondad de todo? Y ¿no es importante conocer porqué todo es tan bello, bueno, etc? ¿Acaso no empezó la ciencia con este descubrimiento, con el asombro ante el orden de la *physis*, y de ahí concluyeron que había un *logos*, un *arjé*...? “*Todo está lleno de dioses*”, decía el gran sabio Tales de Mileto, ¿qué vería al contemplar la naturaleza...? Los científicos-filósofos, hasta bien recientemente, no han podido hacer ciencia sin elevarse a Dios. La “Interdisciplinariedad”, parte de la misión de la universidad, es imposible sin un principio rector. Y ¿cuál ha de ser, sino el Bien? Por ello el universo –misma raíz que “universidad”- es Cosmos [orden] y la universidad debe ser un *Cosmos del saber*: Integración, interdisciplinariedad, mutuo enriquecimiento y fecundidad, buscando la clave de unión, que es Dios, un Dios-Verdad, que se “vierte” hacia [“versus”] todos los seres... y una universidad que se vierte hacia la sociedad para inundarla de verdad,

belleza, bondad, unidad, orden... una Universidad que sale de sí misma hasta los que no llegan a sus aulas, los pobres de dinero o de sentido, y se las ingenia para llenarles de verdad, de belleza, de bondad... para crear una sociedad unida, en orden y en paz, una verdadera “cultura” y “civilización”, material y espiritual, donde seamos felices. Una universidad al servicio de la ecología, biológica y humana.

Misión sublime la de la universidad. Unidad de verdad que se vierte hacia... verdad “*en salida*”, pues, como decía santo Tomás, “el bien es difusivo de sí”. Lo será en la medida en que cada uno lo sea, cumpliendo su deber con pulcritud, siendo amigo de todos, respetando, siendo voluntario, estudiando con seriedad, siendo justo en las calificaciones, escuchando, aconsejando, investigando, con un estilo de vida bello, verdadero, unido, integrado, defendiendo el ser y la naturaleza de las cosas...

El Papa Benedicto XVI escribió un texto que no llegó a leer, porque no le dejaron, en su visita a la Universidad de la “*Sapienza*”, en Roma, el 17 de enero del 2008. Allí se preguntaba por la identidad y la misión de la universidad y, en resumen, hablaba de tres características: *la autonomía*, es decir, libertad frente a las autoridades políticas o de otro tipo; *el afán de conocimiento*, propio del hombre, que quiere saber qué es todo lo que lo rodea, quiere la verdad; y, en tercer lugar, el compromiso de *vivir esta verdad, ponerla en práctica*. Benedicto XVI insistía en afirmar que la verdad nunca es sólo teórica y recordaba a san Agustín, quien decía que “el simple saber produce tristeza”. Tiene que haber siempre una práctica de todo saber, un laboratorio donde se experimente vivencialmente, y una técnica o, al menos, un obrar —hoy se hacen talleres hasta de oración—. También, por supuesto, del saber humanístico, filosófico y teológico; práctica que no significa necesariamente experimentación positiva, ni utilidad contante y sonante, sino practicar el bien, pues “obras son amores”. El universitario debe ser misionero. Conclusión: misión de la universidad: llegar a la verdad sinfónica e interpretarla con entusiasmo, difundirla, convertirla en cultura, en auténtica cultura.

### 3. EL PELIGRO DE CONFUNDIR SU MISIÓN. ¿LA VERDAD AL SERVICIO DE LA VIDA O LA VIDA AL SERVICIO DE LA VERDAD?

Cuando Guardini afirma que “el sentido último de la universidad es conocer la verdad y precisamente por sí misma”, es consciente de que se opone a la opinión muy extendida —Nietzsche ya era muy leído—, de que: “No hay ninguna verdad que valga por sí misma [...]. La verdad tiene su sentido más bien en la vida, y debe buscarse por mor de la vida”.

Esta postura ya la defendieron los sofistas en el siglo V a. de Cristo, tras interminables guerras que habían extraviado el espíritu de las gentes: Enseñaban que la verdad está al servicio de la vida, del éxito..., de las emociones... —la “posverdad” ha existido siempre—. “A esta doctrina se opusieron con pasión Sócrates y Platón afirmando que la verdad existe por sí misma, y solo tras reconocer y afirmar ésta, ella sirve para la vida”. A Sócrates, afirmar la verdad objetiva, le costó la vida y a Platón la esclavitud, pero dejaron como herencia una escuela de pensamiento fecunda, una cultura y civilización.

Pues bien, esta afirmación sofista de que la verdad está al servicio de la vida se ha dado en toda la historia, pero de manera explícita y en las aulas universitarias, a partir del XIX y XX, tras Nietzsche, Marx, el utilitarismo y neopositivismo... Consecuencia: En la primera mitad del XX se han hecho, apoyados en ella, los más atroces experimentos estatales y políticos: “la verdad existe por mor del pueblo, del Estado. Pero la consecuencia ulterior e inevitable es la siguiente: Lo que es útil para la vida lo decide ésta misma, es decir, aquellos que tienen poder sobre ella”, nos advierte Guardini.

Y da razones por las que *la verdad no está al servicio de la vida, sino la vida al servicio de la verdad*: La vida no sabe, por sí misma, no sabe controlarse, no sabe ordenarse y cumplir su fin. Los animales y plantas sí lo cumplen, perfectamente, pero siguiendo un plan que ellos mismos no han elegido; lo cumplen precisamente porque se atienen a la verdad de lo que son. El hombre, en cambio, por su libertad, se confunde con harta frecuencia y junto a su voluntad de vivir está su voluntad de morir. El hombre, viviendo, opta también por la muerte y su degradación. Por ello, la vida, solo será realmente

vida —vida personal y la vida del pueblo o del Estado— si se somete a la verdad. No hay libertad sin verdad.

“Por ello, —firma Guardini— lo primero y decisivo, aquello de lo que depende que la vida sea realmente vida, es esto: la verdad. La universidad existe para descubrir esto, de modo siempre nuevo, para experimentarlo y anunciarlo. En esto descansa el ethos más profundo de la universidad, y si lo abandona, pierde su sentido, se convierte en una escuela profesional, con significado práctico pero no esencial-espiritual”.

La grandeza de la verdad proporciona los criterios de una vida recta, sana, fecunda y, además, hace posible nuestra dignidad, que desaparece cuando la vida se convierte en lo superior. Entonces, la persona se hace herramienta del Estado y pierde su dignidad. El hombre escapa a la dependencia, bien del Estado, bien de sus impulsos psíquicos, cuando toma posesión de sí mismo, es decir, cuando piensa. Su grandeza está en su pensamiento, como decía Pascal. Solo la verdad puede hacerle libre.

Si la verdad pasa a ser una ayuda para vivir, el hombre pasa a la *“falsa libertad de la naturaleza* (la del animal), aunque se sea rector de una universidad y se use traje de marca (pensemos de nuevo en los intelectuales nazis). En cambio, si la verdad está por encima del hombre, en la grandeza de su valía absoluta, y él entra en contacto con ella, entonces se traba aquella relación que salvaguarda a la persona en su libre dignidad”. Saber esto, darlo a conocer y defenderlo es la tarea más propia de la universidad”.

Pero si la universidad no cumple su misión; si yo, universitario, en vez de ir a la universidad a crecer como persona, voy a pasarlo bien; si, en vez de prepararme para ejercer la profesión al servicio de la sociedad, busco solo ganar dinero; si investigo movido solo por el interés o la utilidad, sin preocuparme del alcance que pueden tener mis descubrimientos; si no busco la verdad, si me adhiero a una pseudofilosofía, obstinada en negar lo trascendente y al hombre mismo... ¿Qué peligro corremos? ¿qué peligro tiene confundir el fin de la universidad y decir que está al servicio de la vida?

El peligro más grande, para la universidad, el hombre y la sociedad. Guardini tiene en la mente este peligro pues ha vivido dos guerras mundiales, siendo expulsado de la universidad de Berlín tras la primera guerra mun-

dial. No solo él, una gran corriente de intelectuales que emerge en estos momentos –ya mencionamos a Husserl- coincide en esta crítica. Pero este peligro es actual y real en nuestras universidades. En muchas, incluso en universidades que llevan el título de “católicas”, se forman líderes que, bajo los términos de “derechos humanos” y “dignidad”, ponen los cimientos de una profunda esclavitud del hombre y pérdida de su dignidad. El peligro aparece gráficamente descrito en un *Un mundo feliz*, de Huxley; es el nuevo estilo de guerra, distinto al de los totalitarismos del XX, pero más taimado y dañino. Un ejemplo de ello es la difusión universal, por vía, en gran parte, universitaria, de la *Ideología de género* a través de todo tipo de cátedras y cursos creados a este fin, de los que salen juristas, periodistas, maestros, políticos, sociólogos, psicólogos, etc.

Es nuestro deber trabajar para evitar que la universidad –cada uno de los universitarios, según su responsabilidad-, pierda de vista su misión. Este es el principal desafío.

#### 4. DESAFÍOS

¿Qué desafíos tiene la universidad hoy? Son muchos, y de distinta índole. Creo que el más importante es el que atenta contra su misión e identidad, que es *buscar la verdad y difundirla*. Es el mayor desafío y el más difícil, porque, primero, no se cree en la verdad y segundo, porque la mayoría de los que sí creen son muy cómodos y cobardes para difundirla, cosa que no les ocurre a los que no creen para difundir su increencia.

Respecto a la no creencia en la verdad, ya hemos hablado, pero me gustaría insistir en un aspecto muy presente en casi todas las universidades, aun católicas, porque impregna la sociedad; me refiero a lo que Newman titula en un discurso “Un modelo actual de incredulidad”<sup>4</sup>, “actual” en 1854, que es cuando lo escribió, y ahora, 163 años después. Consiste este modelo de incredulidad en afirmar que *la religión no es objeto de ciencia* —Ni, añadi-

---

<sup>4</sup> En *La idea de la universidad II. Temas universitarios. Lecciones y ensayos ocasionales*, pp. 157 ss.

mos, en general, las verdades metafísicas—. No se niega que haya convicciones y creencias —las cuales cada uno es libre de tomar o no, y del modo que quiera—, pero sí se niega que estas convicciones puedan afirmarse con rotundidad como verdaderas, ya que otros piensan otra cosa. Por tanto, es absurdo gastar tiempo en la religión; es un esfuerzo inútil y sin salida pretender convencer a otros, y este empeño, además, trae disputas. En fin, se dice que el cristianismo es la causa de todos los males, que “ha sido la ruina del auténtico conocimiento porque ha hecho que el pensamiento se aparte de las cosas que puede conocer y se dedique a las que no puede conocer [...]; deja lo alcanzable por lo inalcanzable”.

Estos argumentos, afirma Newman, son meras suposiciones no demostradas, pero dichas con tal rotundidad, que parecen verdaderas —nuevo ejemplo de “posverdad” —. Estos filósofos escépticos “no han demostrado la evidencia de que no se puede alcanzar la verdad religiosa [ni metafísica, ética..., toda verdad no positiva]. Por el contrario, dice, “un buen número de inteligencias poderosas han argüido, con bastante fuerza, al menos, que sí puede alcanzarse”. Pero es más fácil convencerse de lo contrario, aunque sea irracional, y entonces sentir desprecio y odio hacia la iglesia, a la que se ve como causante de todos los males.

Pues bien, estos escépticos opositores a toda trascendencia no se oponen a la fe con violencia, lo cual provocaría mayor adhesión a la fe, se limitan a hacerle competencia (y a toda verdad trascendente, metafísica, añadimos). Dirían así: “Pondréis fin al largo reinado del sombrío mundo de lo invisible a base, sencillamente, de exhibir lo visible”. De este modo, las ciencias experimentales, que son buenas, al presentarlas como la única verdad, eclipsan lo trascendente. Incluso los hay que esperan refutar, con hechos positivos, la creencia en Dios [me viene a la cabeza el astrofísico Stephen Hawking]. No se cerrarán las facultades de Teología —sería poca tolerancia—, pero, minimizándolas, pretenden que, poco a poco se queden vacías.

Es un fenómeno psicológico que, cuando nos fijamos en un objeto con exclusividad, nos es muy difícil percibir otro que no sea ése, o tendemos a considerarlo falso. El científico que solo haya estudiado hechos experimentales, sentirá repugnancia ante lo no experimental. Por otra parte, se presenta

lo experimental como objeto deslumbrante, y en verdad lo es, pero se destaca el resplandor mundano de la utilidad y no el resplandor del ser y del sentido. La técnica deslumbra con sus posibilidades ilimitadas y tienta la voluntad de poder del hombre. La utilidad es buena, pero no es el valor supremo y es dañina si se la antepone a la verdad.

Pues bien, a esta tramada desconfianza hacia la verdad, suplantada por la voluntad de poder, se suma la falta de voluntad y la cobardía para buscarla y, de quien la ha encontrado, de difundirla. Creo que hacer frente a éste principal desafío, tan difícil, será posible poco a poco, si una minoría, con entusiasmo y constancia, trabaja hasta lograr un cambio de mentalidad. La oposición social y los prejuicios se deben enfrentar con voluntad y valentía, admitiendo y aclarando en qué consiste la falta de “utilidad” de la filosofía y de la verdad en sí, y gloriándose de ello. Aristóteles decía de la filosofía, que es el único saber que “no sirve” y, precisamente por eso, es el único saber “libre”. No “sirve” porque no es “siervo”, porque se busca por sí mismo y no con vistas a otro fin.

Pero miren, hoy todas las universidades buscan, de modo casi exclusivo y afanoso, preparar buenos profesionales, como los pide el mercado; las mejores invierten mucho en tecnologías y buen profesorado. Pero fíjense: las universidades de Estados Unidos están entre las mejores del mundo, pero la sociedad tiene cada vez más problemas de delincuencia, drogadicción, mala educación, falta de competitividad industrial y baja calidad de los funcionarios públicos. Las empresas consideran que no salen bien preparados de la Universidad, que saben cosas pero no tienen competencias para solucionar conflictos, ser creativos, flexibles ante los cambios que se presenten, solidarios, serenos y con dominio emocional... Todas estas competencias exigen un mundo de valores no experimentables y que pertenecen al campo de la Ética, y filosofía. Las personas con frecuencia se quiebran afectivamente o fallan en la solidaridad, coherencia o compromiso. Así no hay buenos profesionales. La causa va más allá de meras técnicas psicológicas o pastillas; la persona se quiebra por falta de sentido (Victor Frankl y su escuela de logoterapia lo han demostrado suficientemente). Si la universidad prepara los trabajadores de la sociedad, debe, ante todo, trabajar en esta competencia que

muchas veces no se tiene en cuenta y es la de la inteligencia espiritual, la comprensión y transmisión del sentido último. Hora es ya de que disciplinas como la Ética, Antropología, Teología, Metafísica, etc. dejen de ser asignaturas de relleno y secundarias.

Es deber nuestro demostrar que la filosofía y la fe sí sirven, y para mucho; sirven sin ser siervas sino de la verdad; sirven porque “reinar es servir”. Al defender esto no se trata de que la universidad deba pretender solo el saber por el saber, por el mero gusto de ello. Tanto Platón como el marxismo lo criticarían (“los filósofos se han limitado a conocer el mundo, lo que hace falta es transformarlo”, dirá Marx). Se trata de buscar la verdad teórico-práctica, indisolublemente unidas, como Marta y María: Saber, contemplar, sí, pero para hacer; sí, también para hacer: técnica para el bien común, sobre todo de tantos que no tienen cosas; pero, sobre todo, saber obrar, obrar el bien. Tenemos que demostrar que la filosofía y la fe sí sirven; lo tenemos que demostrar, ante todo, experimentalmente, con la vida.

Y pediremos a los escépticos que demuestren ellos su aserto: que no puede haber ciencia de lo espiritual y trascendente; que den razones sobre su principio “solo lo experimental es cognoscible”. Porque esa misma afirmación no lo es. Y es que no dan propiamente argumentos, sino imaginaciones y, por eso, como Dios, el alma, la dignidad humana no son inimaginables -forzosamente, pues son realidades espirituales-, concluyen que son irracionales. Pero, por ejemplo, de que sea inimaginable el infinito no se concluye que sea irracional; de hecho se opera con él en matemáticas. Razón y fe son compatibles, pero una razón “amplia”, como defiende Ratzinger, y no la razón reducida a la experiencia.

El discurso del cardenal Newman al que me estoy refiriendo, está en la línea de Husserl y de Guardini. Nos presentan el desafío principal y permanente a la universidad desde la modernidad. Dice Guardini: “Sus conocimientos son acertados, pero permanecerán encerrados en su dominio particular. Le falta la claridad última y la genuina fecundidad intelectual. Y aunque este investigador llegue a las preguntas fundamentales de la propia esfera, no está a la altura de ellas, porque su solución presupone el conocimiento filosófico. Esto lo vemos, por ejemplo, en la confusión que reina en la esfera de

la ciencia de la naturaleza con respecto al problema de la causalidad o en la perplejidad del pensamiento jurídico en lo referente al fenómeno del derecho como tal”. Ciertamente, no son competentes muchos grandes científicos para explicar el porqué del universo mismo o el porqué de la dignidad y derechos del hombre. Por eso en la Declaración de los Derechos Humanos no se pronunciaron sobre su fundamento. En este terreno, el fundamental, grandes investigadores en su campo, son ignorantes, insensatos e imprudentes cuando se pronuncian sobre el fundamento último de sus objetos de estudio. Pero esto no es serio ni universitario.

Concluimos con que es necesaria una fundamentación filosófica de las ciencias particulares para darles sentido, si es que han de comprenderse correctamente y poder insertar su función en el todo de la cultura, que es la misión de la universidad. Además, en todas las carreras debe estar presente, una formación humanística y ética. Esta tarea es, para cada ciencia, tan imprescindible como los cimientos de la casa.

El beato cardenal Newman defiende que no hay Ciencias sin Humanidades pues éstas forman mejor la cabeza que aquéllas, en la cuestión del fundamento y del sentido. Dice que, si las ciencias y las técnicas han florecido en Occidente es, en primer lugar, porque fue un ámbito y una cultura en la que se cultivó la interioridad; así el hombre encontró las razones para comprender el mundo. Por el cultivo del espíritu surge la universidad y la civilización, por este cultivo se mantuvo<sup>5</sup>.

¿Y cómo logrará la universidad vencer este desafío? Con la responsabilidad de cada uno de sus agentes<sup>6</sup>, desde el rector hasta los empleados, pero, principalmente, los directivos y profesores. Claro que esto puede hacerse mejor en una universidad privada; bien, pues que en éstas, al menos, se haga; y en las públicas, que cada uno, según su responsabilidad, haga lo que pueda. En cualquier universidad, por muy politizada o mercantilizada que esté, cada

---

<sup>5</sup> Cf. “Cristianismo y Letras”, conferencia impartida en la Facultad de Filosofía y Letras en noviembre de 1854, publicada por la Universidad Católica de Irlanda. En *Idea de la universidad* [2104], pp. 33 siguientes.

<sup>6</sup> Cf. Conferencia de Romano Guardini citada: “Responsabilidad del estudiante para con la cultura”, 1954. En *Tres escritos sobre la universidad*.

cual debe cumplir su misión y vivir siempre según la verdad, íntegramente, pues la universidad no existe sin los universitarios. Pienso ahora en el movimiento de la Rosa Blanca, movimiento de estudiantes de la universidad de Munich, liderado por Sophie y Hans Scholl en contra del partido nazi, los cuales fueron sentenciados a muerte por este partido por defender la verdad. Pienso en el influjo del Círculo de Gotinga: Husserl y sus entusiasmados discípulos. Pienso en el Mayo del 68... por poner solo unos ejemplos. El poder de una minoría para cambiar el mundo es innegable. ¿No es posible formar un grupo de estudiantes entusiasmados en torno a un maestro, que no es necesario que sea un genio como Husserl o Guardini o Newman..., basta que crea en la verdad y se comprometa? Por aquello de san Agustín de que “el simple saber produce tristeza”...

Los hijos de la luz deben actuar, con más entusiasmo y astucia que los hijos de las tinieblas, y la universidad es el principal frente de batalla, con las solas armas del pensamiento y del diálogo. Proponer, no imponer, pero proponer y proponer, tras haber reflexionado. Se necesitan causas eficientes, eficientes.

Para ello, también, quien tiene esta responsabilidad, debe cuidar el modo de acceso a la universidad, de estudiantes y profesores. Examinar, no tanto la erudición –ahora sirve de poco, con Internet- como el tener la cabeza amueblada, y, sobre todo, el interés y la humildad por amueblársela.

Más desafíos hay, por supuesto; está el *desafío económico*, pues la universidad no es un ente ideal, sino encarnado, en hombres concretos y en edificios, muebles, máquinas... dinero. No nos vamos a detener en este aspecto, solo preguntarnos ante el hecho de que el costo al Estado de la universidad es cada vez más gravoso: ¿cómo se soluciona? ¿Haciendo recortes?, ¿de qué? ¿de profesores? Pero, ¿a quién recortamos? ¿suprimiendo cátedras y cursos poco rentables...? ¿cuáles?, ¿competir con otras universidades con sistemas de evaluación de calidad, yendo a la caza de alumnos...? Y ¿cómo ganamos alumnos? ¿Rebajando la exigencia? ¿Ofreciéndoles cursos, seminarios, másters entretenidos, que suele demandar el mercado, la política, las emociones? ¿Sometiendo a los profesores a inventarse estas novedades atractivas y rebajando las disciplinas fundamentales? Si el economicismo se

lleva al extremo, se aniquila la universidad como tal pues pierde su autonomía, sometiendo la verdad a la vida, ya que la verdad no suele estar entre los productos del mercado, política y medios de comunicación. Con esto menciono simplemente otros desafíos: políticos, sociales...

Es preciso discernir, a la hora de seleccionar profesores, estudiantes, cursos, carreras, dinero... lo que más ayude a la Misión de la universidad, distinguir lo esencial de lo accidental y accesorio. En cuanto al dinero, hay que educar en la austeridad, a profesores y alumnos; no disminuir la exigencia por miedo a perder alumnado; disminuir o no, el precio de la matrícula, pero sí establecer un buen sistema de becas, porque hay estudiantes muy buenos que no tienen dinero, estudiantes también del Tercer Mundo, para que puedan acceder y llevar a su patria la semilla de la civilización; seleccionar bien a los estudiantes y profesores; buscar ayudas de personas influyentes y adineradas, a las cuales, por otra parte, se les hace el favor de ser generosos.

Pienso que si la universidad tiene prestigio por su buen hacer, porque se pone a la verdad y a la dignidad de la persona en el centro, si cumple con su misión responsablemente, alumnos y padres estarán contentos y la matrícula subirá; pues con pocos alumnos, ciertamente, hay muchas limitaciones, además de que es mejor que muchos se beneficien que no unos pocos.

#### CONCLUSIÓN: RESPONSABILIDAD EN LA MISIÓN, ¿A QUÉ SOMOS ENVIADOS?

Yo, profesor, estudiante universitario, investigador, personal no docente... tengo una misión. La universidad no es nada sin mí y sin ti y el otro y cada uno. Así pues, nos hacemos la pregunta personalizando, solo así nos haremos cargo de nuestra responsabilidad. ¿A qué soy enviado? En otras palabras, ¿qué significa ser universitario? No es buscar mi interés particular exclusivamente: conseguir el título de ingeniero y ya está, no; conseguir prestigio por mis publicaciones, tener un buen sueldo... Desde que entro a formar parte de esta institución, tengo una misión especial, soy "misionero". Relean el mito de la caverna: el prisionero liberado no quería volver a la caverna, pero vuelve por amor a sus compañeros, por deber de compartir la verdad

que ha visto. Y sus compañeros, al no entenderle, le matan. Sócrates sí que fue un modelo de universitario frente a la sofística, primer ejemplo de la “*posverdad*”.

Nuestro compromiso es público, es político... ¿formamos a los dirigentes de la sociedad del mañana, con todo el riesgo que esto supone —aunque no creo que nos lleguen a condenar a muerte, como a Sócrates—, o dejamos que los forme una universidad sometida a los medios, al mercado y al Estado?, ¿hemos caído en la cuenta de lo que esto significa?, ¿tendremos que lamentarnos luego, repitiendo las críticas de Newman, Husserl o Guardini?